

Notas del académico Víctor García de la Concha leídas, en su ausencia, por el también académico y director de «Cómicos de la lengua» José Luis Gómez el 31.3.2014 en el Teatro María Guerrero, con motivo de la sesión sobre Teresa de Jesús.

Segunda parte

A lo largo de la lectura, de seguro han podido sorprenderos palabras que suenan como rusticismos fonéticos. A lo largo de la obra literaria teresiana aparecen también los que hoy consideramos rusticismos léxicos. Hemos oído *contino* por *continuo*, *mijor* por *mejor*, *disbarate* por *desbarate* (de desbaratar), *mesmo* y *mesma*, *tollido* por *tullido*, *espiriencia*, *ansí* por *así*, *inorantes*, *agora*, *unque* por *aunque*, *an* por *aún*, *teología* por *teología*, *escuro*, *ñudo* por *nudo*, *tiniéndola*...

He advertido antes que algunos estudiosos han venido defendiendo que esto obedecía a un concreto propósito de la escritora: no parecer culta, esto es, desclasarse. Se apoyan -mejor diría, se apoyaban, porque cada vez son menos y con menos énfasis- en algunos textos de la santa. Así, en el *Camino de perfección* dirá que “todo el estilo que pretendemos llevar es de no solo ser monjas sino *ermitañas*” y a renglón seguido exige a sus monjas que en el trato mutuo eviten los melindres léxicos. “Si os tuvieren por groseras, poco va en ello, si por hipróquitas, menos: ganaréis de aquí que no os vea sino quien se entendiere por esta lengua”. Por fin, en las “Normas para visitar conventos”, es decir, para la inspección de ellos, establece en un punto, el 42, “mirar en la manera de hablar que sea con simplicidad y llaneza y *religión*”.

Esta preocupación por la sencillez venía de antiguo en las órdenes religiosas contemplativas: San Bernardo consideraba la “curiosidad” como el primer escalón de la soberbia. Pero nos forjaríamos una idea falsa si sobre esa pauta imagináramos unos conventos teresianos de monjas de expresión hirsuta. Se excluye, sí, la afectación y el rebuscamiento, pero con igual rigor se proscribía cualquier artificioso fingimiento, como supondría el ir buscando palabras arrusticadas para crear un convencional “*código de ermitañas*”

Teresa de Jesús, que era la espontaneidad por excelencia, está, por ejemplo, muy satisfecha de cómo le salió el *Libro de la vida*, y así escribe a don Pedro Castro: “De que acabe vuestra merced esos papeles, le daré otros: *creo le darán a vuestra merced gusto*. Ninguna cosa ha perdido vuestra merced conmigo en el estilo de sus cartas; *por mí tenía de decir a vuestra merced de la galanía de él; todo aprovecha para Dios cuando la raíz es por servirle*.”

¡Y cuánto admira en esa línea a Fray Jerónimo Gracián! “¡Hame hecho alabar a nuestro Señor la manera y con la gracia que vuestra paternidad escribe, y sobre todo con la perfección. ¡Oh, padre mío! ¡Qué majestad traen las palabras que tocan esto, y qué consuelo dan a mi alma!”.

Pues bien, cuenta el Padre Gracián que, tratando con ella en Toledo en cierta ocasión algunas cosas de espíritu, ella le decía: “¡Oh!, qué bien escrito está ese punto en el libro de mi *Vida* que está en la Inquisición!”. Poco después le escribe: “*Las Fundaciones* (el libro que está escribiendo) van ya al cabo; creo *se ha de holgar* de que las vea, *porque es cosa sabrosa*. [...] ¡No sé cómo me ha quedado tiempo para lo que he escrito...!”. Tenía, pues clara conciencia de lo que era buena o mala literatura. Ella no perseguía la gloria literaria sino la eficacia de la expresión y de la comunicación.

Escribe en medio de múltiples ocupaciones y a vuela pluma. Muchas veces por la falta de tiempo. Otras porque el espíritu se desborda y la pluma no logra encauzar el torrente de vivencias. Pero cuando se trata de obras concretas -El *Libro de la Vida*, el *Camino de Perfección* o las *Moradas*-, una vez terminadas, vuelve sobre ellas, corrige y fija la escritura. Y es todavía más significativo en esta línea de la preocupación por la exactitud de lo escrito, lo que acontece con los *apógrafos*, copias de sus escritos hechas por personas ajenas, y que ella corrige. Ahí es de ver el cuidado que ella pone en enmendar lo que se ha transcrito de forma incorrecta. ¿Casa todo esto con la idea de una monja que quiere parecer rústica o que se preocupa de que no descubran que es descendiente de judeoconversos? La respuesta es, a mi juicio, clara: no.

Debemos tener en cuenta que en aquel tiempo no estaba todavía fijada la Ortografía. Quienes por nuestro oficio manejamos a diario autógrafos de Lope de Vega, por ejemplo, nos encontramos con los mismos titubeos. Hay, sí, un hecho diferencial en

la escritura teresiana: que ella *de ordinario* escribe de oído; que ella transcribe el modo con que las gentes de Toledo o de Ávila hablan. *De ordinario*, digo. Porque en sus obras mayores, las tres que vengo citando, la guía una preocupación fundamental: no busca atraer la atención del lector hacia su persona, ni hacia lo que cuenta, ni hacia el modo de contarlo. Trata, por el contrario, de proyectar al lector hacia una experiencia personal análoga a la suya, con Dios, y a ese fin le facilita estímulos y orientaciones.

El resultado fue formidable. Baste un solo testimonio. Su primer editor fue otro gran literato, nada menos que Fray Luis de León, el cual decía que “el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio así en lo que se dice como en la manera en que se dice, y negocio que de las palabras que todos hablan elige las que convienen, y mira el sonido de ellas y aun cuenta a veces las letras y las pesa y mide y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir sino también con armonía y dulzura”.

Pues bien, quien eso ha escrito dice de los libros teresianos que “en la forma de decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellas se iguale”.

No cabe elogio ni más justo ni mejor.